

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## DEL BUROCRATA AL TECNOCRATA

## EL RIESGO NUESTRO DE CADA DÍA

A lo de ahora le llamaremos «tecnocracia», ignoren quien inventó la palabreja, ni dónde ni cuándo, ni con qué intención. Respecto a la intención, sólo parece haber dos posibilidades: o el término tuvo un origen sencillamente funcional, digamos un simple propósito descriptivo o designativo, madurado en el caletre de un sociólogo de cátedra, o bien procede del sarcasmo anónimo, popular, que juega a la parodia con el sufijo «-gracia». La «tecnocracia» cuenta con un precedente sin duda malévolo y desdenoso: «burocracia». «Burocracia» es un vocablo que, no diré siempre, pero casi siempre se pronuncia con retintín, sea de ironía, sea de fastidio, o quizás incluso de odio. La útil petulancia del Derecho Político había familiarizado a las gentes con neologismos tan abruptos como «aristocracia» y «democracia», y el esquema etimológico se prestaba a los más variados ejercicios. «Mesocracia», por ejemplo, aunque no consiguió un gran éxito, hizo sus buenos servicios para una referencia a las clases medias. En otro orden de cosas, «pornocracia» y «falocracia» —en uno de los últimos papeles de Simone de Beauvoir, «phalocratie» aparece con una carga de desdén impresionante— son creaciones realmente ingeniosas. Y cuando la presión de las oficinas públicas, y luego las privadas, se agravó, alguien tuvo la ocurrencia de forjar el nombre grotesco de «burocracia»: el poder del «bureau». Porque poder era... Y ya digo: ahora les toca a los técnicos.

Con «aristocracia» y «democracia», al menos, no hay nada que hacer ni discutir. Los hemos heredado de Aristóteles, y tal vez eso explica todo. Pero las confectiones recientes, hechas sobre el modelo clásico, suelen arrastrar una voluntad despectiva tremendamente clara. Es una forma de venganza como otra cualquiera. Y se comprende. El «poder» nunca es simpático. O sólo lo es en raras ocasiones, cuando una especie u otra de fascinación colectiva se coagula

en torno a un hombre, a una circunstancia o a una institución. Lo normal es que los súbditos, los vasallos, los subalternos, miren con recelo a los que «dominan». El recelo acostumbra a ser lo mínimo. Y el planteamiento no es político, en el sentido estricto de la «política». A menudo, los hombres públicos se les saben arreglar para ganarse la adhesión de la ciudadanía. El asunto resulta bastante más vistoso con otras especies de poder: el caso de la «burocracia» es típico. El burócrata no es «político», y su autoridad, en cambio, pesa directamente sobre las multitudes. O las multitudes se fijan en él antes que en cualquier instancia superior. De hecho, el burócrata, la «burocracia», es un poder aparte. En los análisis de la situación soviética, sin ir más lejos, las denuncias convergen —y el mismo Lenin participó en ellas— sobre el tinglado de las «oficinas»... No ha de sorprendernos la reacción reciente, a nivel callejero.

Hace poco, mi buen amigo el profesor Fabián Estapé, que actualmente ocupa un cargo —alto cargo— perfectamente encajado en la «tecnocracia» local, salía al paso de la desconfianza flotante. Estapé, si no recuerdo mal, precisaba el tema con una réplica francesa, que tiene su miga: «El «tecnócrata» no es más que el técnico visto por un «poujadiste». Más o menos, era eso. Y hay que darle la razón. Nadie se atreve a meterse con el «técnico», por supuesto. Hemos llegado, con entusiasmo o a regañadientes, a una conclusión segura: que el técnico es imprescindible. La alternativa, a estas alturas —socialistas y capitalistas concuerdan en ello—, es diáfana: o el técnico, o volver a las cavernas. Ahora bien: el vecindario es esencialmente «poujadiste». Lo ha sido en todos los tiempos y en todas partes. Empezó a serlo en las cavernas, tendió a serlo en Babilonia y en Atenas, lo es hoy en Nueva York y en Moscú, lo será cada vez más en Pekín

y en el Congo, en Guatemala y en la India. No hay «poujadisme» allí donde la miseria es absoluta. Monsieur Poujade fue un tendero de no sé qué rincón de Francia que pretendió crear un movimiento «político» a base de los intereses de la pequeña comodidad enquistada, y su programa se reducía, en último término, a que no le subiesen la contribución. La cosa más natural del mundo, en definitiva.

El técnico se mueve en otro plano: los proyectos, los cálculos de largo alcance, las previsiones ambiciosas. Si hoy podemos tomar una aspirina, a ellos lo debemos: a muchos años de cátedra y de laboratorio, a inversiones truculentas de dinero. Nadie pondrá en tela de juicio estas ventajas, y la aspirina es una mera mención emblemática. Pero el «técnico» se convierte en espejismo «tecnócrata», por una fatalidad inevitable. Me temo que la coleta superpuesta no es ajena al clima que los propios técnicos, en su euforia directiva, montan a su alrededor y entre la enana muchedumbre de los contribuyentes. Se produce una cadena de engrinamientos automáticos, y la clientela se excita. Son cosas que pasan. La curiosa contradicción de los «técnicos» es que, si son eficaces, multiplican el número de los «poujadistes»: sus «planes de desarrollo» traen como consecuencia un aumento del material humano digamos —para entendernos— pequeño-burgués. Tirios y troyanos hacen lo mismo: al fin y al cabo en su tránsito por este Valle de Lágrimas, las familias piensan que lo importante es pasarlo lo mejor posible. Es justo. Hasta los partidarios de las utopías van a eso, bien mirado. ¿Qué es una «utopía», en resumidas cuentas? Un «poujadisme» generalizado. (Y el «poujadiste» se hace fascista a las primeras de cambio, dicho sea de paso...)

Hay quien tiene solución para todo este lío. Puede que sí. De momento, «hic et nunc», el «tecnócrata» no posee grandes admiraciones.

quizá sea por razones históricas. No todo es igual en todos los sitios.

Huele una rosa una mujer hermosa,  
y aspira los perfumes de la rosa;  
la huele una infeliz  
y se clava una espina en la nariz,

escribió don Joaquín María Bartrina, un genial poeta de Reus. La tecnocracia celtibérica tiene sobre sus espaldas una larga tradición de arbitrio y de oratoria campanuda. Me gustaría vivir lo bastante para ver en qué para la manobra. Las eternas covachuelas y sus funcionarios, de repente, adquieren una presencia brillante. Hay muchos años por delante. Todas las «técnicas» y todos los técnicos necesitan tiempo... El tema, sin embargo, se presta a muchas más cavilaciones, y de principio. ¿A qué deberíamos llamar «técnico»? ¿Son todos los que están, están todos los que son? ¿Quién les controla, quién les garantiza? ¿No es el técnico un profesional instrumentalizado, y que sus metas no las define él? Los tecnócratas de Pompidou no trabajan con los mismos problemas que los tecnócratas del Kremlin: su «técnica», probablemente, será la misma... El «poujadisme» difuso y creciente, que, si no todo, debe mucho al técnico, sigue mirando al técnico con aprensión; ve en él al «tecnócrata». Porque el técnico asciende a tecnócrata, y no hace falta ser «poujadiste» para advertirlo. Es lo que ya ocurría con el «burócrata». Sin burócratas, la triste sociedad en que vivimos se convertiría en un caos. Pero el «burócrata» —una ventanilla, unos despachos, un papeleo, unos triplicados incansables— haría salir de sus casillas al santo Job. Que era un «poujadiste», como otro cualquiera, huelga decirlo... No sé, no sé...

Joan FUSTER

## «COMO UNA GUSANERA»

## EL MUNDO DE BAROJA (2)

EN tiempos en que los filósofos hablaban de «los valores» —y decían cosas tan despampanantes como «los valores valen»— se distinguía entre «valores positivos» y «valores negativos» o, como también se les llamó, «disvalores». Como muestras de los primeros se aducían «el bien», «la belleza», «el orden», «la vitalidad»; como ejemplos de los segundos, «el mal», «la fealdad», «el desorden», «la degeneración».

Hoy no nos sentimos muy inclinados a hablar con tanto aplomo de valores (o de disvalores), y si por ventura lo hacemos no estamos muy seguros de cuáles sean cuáles. Podemos seguir afirmando que el bien es un valor y el mal es un disvalor, pero en el bien entendido de que con ello no decimos ni poco ni nada. Por otro lado, decir, por ejemplo, que el orden es un valor y la fealdad un disvalor, es decir ya demasiado. El orden puede ser valioso, pero puede no serlo; todo depende, como dicen en Chile, de las dependencias. La fealdad (que se ha considerado tradicionalmente como un disvalor) puede ser interesante —lo que le da algún valor— y hasta expresar, como han pensado muchos cristianos orientales, la santidad. Etcétera. En cuestión de valores (o de disvalores), lo mejor es no menearlo.

Los términos que Baroja usa para describir su mundo, y en particular ese «mundo suburbano» que se le antoja a menudo como un microcosmos del universo humano entero, son los que usualmente se llaman «términos negativos». En este sentido, expresan lo que muchos de los aludidos filósofos consideran como valores negativos, o sea disvalores. Es probable, además, que tal fuese la intención del propio Baroja; no hay duda de que ese mundo ciego y absurdo que casi maníaticamente nos exhibe es considerado por él como una tara que acaso un día pueda eliminarse, pero con la cual es muy posible que haya que apechugar, reconociendo que, en fin de cuentas, «el mundo es así».

Pero de momento no nos interesan las preferencias y repugnancias éticas de Baroja. No nos interesan ni siquiera sus intenciones estéticas y, en general, nada que pueda oler a valor o a disvalor. Desde este punto de vista, los términos de que Baroja echa mano no son ni «positivos» ni «negativos»: son los elementos lingüísticos con los cuales construye su mundo —su «universo mundo»— de escritor.

El vocabulario de Baroja, especialmente en su descripción del mundo suburbano madrileño, pero extendiéndose como una mancha de aceite (sucía y pingosa, como el autor diría) por muchos otros lugares, constituye una especie de «guía para mejor entender en qué consiste la gusanera humana». «Gusanera» y «gusanos» son palabras-clave: «un mundo en pequeño, agitado y febril que bullía como una gusanera»; «por entre hombres y mujeres correteaban los chicos descalzos y los perros escuálidos; y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante, bullía como una gusanera». Desde aquí se puede seguir adelante o, si se quiere, «hacia abajo»: el bullir, rebullir, palpar, agitarse, revolverse y revolverse de todos esos gusanos humanos se parece al de las almas en pena en algunos de los círculos infernales de Dante.

Consideremos, por lo pronto, el «ambiente». Baroja trasiega (y ahora sí que el latinajo tiene un sentido literal) «ad nauseam» todas las palabras que mejor contribuyan a dar la idea de un desorden completo y de una suciedad total. Si hay calcetines, están mugrientos; si zapatillas, rotas; las camas están sin hacer; las telas son puercas o cerdosas, y las tablas están carcomidas. Los papeles son pingosos; las botellas están grasientas. Las cerraduras son roñosas; las llaves, herrumbrosas. Los mue-

bles están desvencijados; en rigor, no hay muebles, sino más bien «trastos» —como no hay objetos, sino «baratijas». El empapelado de los cuartos —siempre infectos— está rasgado, con manchas de humedad y círculos negruzcos producidos por la grasa del pelo de los residentes. Si por ventura hay cortinas, están hechas de esteras y con muchos remiendos. El lector puede completar el vocabulario a su gusto, seguro de que cuantos más términos encuentre que designen la mugre, la sordidez, la inmundicia, la carcoma y el desorden, tanto mejor.

La luz —si tal puede llamarse— que rodea y baña este ambiente es casi siempre amarillenta o rojiza, turbia, humosa, vaga, pálida, difusa, mortecina. Como los portales son largos y los corredores estrechos, las escaleras profundas, las ventanas altas y los patios angostos, reina una permanente semi-oscuridad en los interiores. Los colores tienden al gris; todo color es descolorido. Los cristales (rajados) están oscurecidos por el polvo y las telarañas. Los balcones están derrengados. Puede pensarse que todo esto sucede porque se describen sólo casuchas, chozas, corrales, cuartuchos, chiscones y chabolas, pero las cosas no cambian mucho cuando se sale al «aire libre». Este es casi siempre el «aire libre» del solar, del derribo, de los últimos confines del suburbio. Baroja no describe apenas nada que se halle impregnado con una clara, o cruda, luz de mediodía, o con alguna suave claridad de la madrugada; predomina la luz roja del sol poniente que ilumina apenas las masas oscuras de las casas y que penetra por entre chimeneas que vomitan columnas de humo negro (1). Las luces de los faroles siempre palidecen —un farol brilla opaco en la atmósfera enturbada—; la de las bombillas parpadea. Las luces eléctricas se confunden con un permanente crepúsculo vago y mortecino. «Temblaban las luces mortecinas —escribe Baroja en un párrafo que es como la quintaesencia de sus descripciones de «ambiente»— de los distanciados faroles de ambos lados de la carretera. Se entreveían en el campo, en el aire turbio y amarillento como un cristal esmerilado, sobre la tierra sin color, casacas bajas, estacadas negras, altos palos de telégrafos, lejanos y oscuros terraplenes por donde corría la línea del tren. Algunas tabernuchas, iluminadas por un quinqué de luz lánguida, estaban abiertas... Luego ya, a la claridad opaca del amanecer, fue apareciendo a la derecha el ancho tejado plomizo de la estación del Mediodía, húmedo de rocío; enfrente la mole del Hospital general, de un color icterico; a la izquierda el campo yermo, las eras inciertas, pardas, que se alargaban hasta fundirse en las colinas onduladas del horizonte bajo el cielo húmedo y gris, en la enorme desolación de los alrededores madrileños...»

Cabe alegar que hay excepciones en estas bandadas de adjetivos, que no todo el mundo que Baroja describe es mugriento o amarillento, desconchado o turbio. Por ejemplo: «El aire era diáfano, limpio, luminoso, como el de un mundo acabado de crear; sobre las crestas de la sierra era de un azul intenso y radiante. Algun águila, volando suavemente a inmensa altura, trazaba, en la limpidez del aire, grandes y majestuosas curvas; a la izquierda, hacia abajo, brillaban al sol los campos verdes...» O bien: «Comenzaron a brillar las estrellas en el cielo azul purísimo. El aire iba viniendo en soplos fríos, impregnados de olor a monte; el follaje de los árboles temblaba y la hierba se inclinaba en oleadas con las ráfagas del viento.» Es verdad. Pero en primer término palabras como «limpio», «puro» o «azul» son en Baroja mucho menos abundantes que «sucio», «infecto» y «amarillento» o «rojizo». Y en segundo lugar, cuando Baroja

describe un mundo terso y limpio es porque se halla en la pura Naturaleza, sin apenas seres humanos. Tan pronto como los últimos aparecen, especialmente si se hallan aglomerados, vuelve lo oscuro, lo asfixiante. Desde este punto de vista, lo mismo dan los miserables suburbios madrileños que los opulentos alrededores londinenses. La atmósfera de éstos es, como la de aquéllos, turbia, opaca y amarillenta. Las economías son distintas, pero las apariencias semejantes: manchas de vetas oscuras, callejones estrechos y negros, muestras emnegrecidas por la lluvia, indefinida confusión de objetos. El suburbio subdesarrollado tiene una luz —o una falta de luz— muy parecida a la del barrio industrial superdesarrollado. Son, en el fondo, dos clases de sordidez.

Lo que cabría llamar «vocabulario visual» de Baroja está en consonancia con su vocabulario «auditivo» y hasta «olfativo». Cuando hay un reloj, «suena de un modo agudo y grotesco»; por doquiera se oyen portazos, chillidos, llores, voces chillonas y destempladas, risas estrepitosas, gritería, vómitos, imprecaciones, y hasta el «chirrido de garrachas de las cuerdas para tender la ropa». Los olores son casi siempre mausearrosos; propiamente, no se trata de olores, sino, como Baroja escribe repetidamente, de «tufo» —y, por si fuera poco, de tufo «pesado».

Con este ambiente, con esta «luz», ya podemos imaginarnos cómo son descritos los seres humanos —los gusanos, los gorilas— que ahí pululan, pero Baroja supera nuestras expectativas; más que describir la realidad, la colma de improperios. O, por lo menos, esa es la impresión que me da.

J. FERRATER MORA

(1) — Compárese con Josep Pla: «Els crepuscles tenen, ara, suspesos en l'aire, unes llums de color de carn de prèsec, una llum saborosa, densa, lenta, d'una sucosa morbidesa». Claro que no es lo mismo describir un suburbio madrileño de comienzos de siglo que el actual Ampurdán y que lo descrito condiciona en gran parte el vocabulario con que se describe. Sin embargo, sería interesante debatir varios puntos: si en virtud del «mundo» que tiene un escritor se sacan a relucir tales ambientes más que tales otros; si, dados dos escritores con dos diferentes mundos, habría diferencias considerables en la descripción de los mismos ambientes. Sospecho que cabe dar a ambas preguntas una respuesta afirmativa. Josep Pla tiene, sin duda, un «mundo» —y uno que valdría la pena analizar en detalle—; en virtud del mismo, ve y describe las cosas de una manera muy suya. Por ejemplo, los amarillos y ocres de Pla no son los amarillos y ocres de Baroja; son vistos —y esto quiere decir, lingüísticamente hablando, adjetivados— de una manera distinta. En una página de Pla se describen cosas que el autor califica de «horribles» y «horripilantes»; se trata de un ambiente gris, sombrío, vacío. Pero Pla escribe: «...el cel és grisaci, cotonós, de color de plom...». Esta «textura» del «cielo de Pla» es distinta de la del «cielo de Baroja»; no son sólo los adjetivos usados (aunque éstos son a menudo absolutamente característicos de cada autor; así, en Josep Pla al describir el cielo en un día de nieve: «el cel és d'un color de nata muntada, molt densa, lívida, d'una esponjada deliquescència»), sino también el modo de ordenarlos.

(El anterior artículo de esta serie se publicó el 19 de marzo.)

## ¡HERNIADOS!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP», la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (Junto Plaza Calvo Sotelo), BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. número 1922). Vistas de 10 a 1 y de 4 a 8.

PRIMERAS COMUNIONES  
ESPECTACULOS INFANTILES  
Y POLICHINELAS

ANGLES

DEL TURO PARK.

Lepanto 380, ático

Teléfonos 236 90 96 y 235 68 73

ARTESANOS

FABRICANTES GENEROS DE PUNTO BI.BA.BO., S. A.

AVDA. PRINCIPE ASTURIAS, 36

TELS. 228-42-25 y 227-12-96. BARCELONA

Fibras verano. Leacril 2/42 y serreta.  
Fibras invierno. Leacril 2/42, 2/20. Orlon lana 2/18 Orlon mohair 2/16 y lanas para labores, ventas mayor y detall.